Antonio Pereira y su «Cancionero de Sagres»

Antonio Colinas

A estas alturas en que el cadáver de nuestra poesía -todavía hiede hay aires amables, músicas sabias y sufridamente prolongadas que refrescan el ambiente y lo hacen respirable. Después del desmesurado prosaísmo de los últimos años, después de los tropezones, mediocridad y derrumbe de la llamada "poesía social", no debemos olvidar el "carpetazo" que en recientes declaraciones le han dado a este tipo de poesía mentes tan lúcidas como las de Aleixandre y Bousoño. No olvidemos, tampoco las declaraciones de "mea culpa" de ciertos representantes de dicha poesía, como Gabriel Celaya. No olvidemos en fin, el empuje de las jovencísimas generaciones que tiran los trastos viejos por la borda y saben que el fenómeno poético es algo más ambicioso que hacer poemas al modo de los crucigramas o jeroglíficos, como panfletos o simples escarceos líricos. El poeta, como decía Rimbaud, debe ser ante todo "ladrón del fuego divino". La vieja y ambiciosa imagen del Prometeo robando el fuego de los astros para traérselo a los hombres y deslumbrarlos es el ejemplo en el que aprenden las jóvenes generaciones el duro y escogido oficio de la poesía.

He creído oportuno hacer estas esquemáticas y. precipitadas aclaraciones para decir que, visto el panorama, el "Cancionero de Sagres" del poeta leonés Antonio Pereira, recientemente aparecido, es un respiro en nuestro desoxigenado caminar.

Al escritor portugués Eça de Queiroz -al que por cierto, cita Pereira- le habría gustado (y no precisamente por ser Portugal el tema) el clima, la atmósfera de este libro.

Porque a fin de cuentas si algo hay importante en un libro de versos es esa cualidad armónica a todos y a cada uno de los poemas que es la atmósfera. No otra cosa parece pretender Pereira (y repito que no es tarea fácil) cuando en esa breve introducción al libro que es la cita apunta: "Traer no un documento, sólo una música".

La historia del pasado recreado, interpretado con ojo sensible a través de paisajes y monumentos es, en buena parte, el tema de este libro que se abre con unos romances de bella factura y nos sorprende, más adelante, con el aldabonazo de la carta a González Alegre:

Te fuiste y te lloraron ruiseñores. Ensombreció la flor de los espinos. Por ti se retrasaron los almendros y fue más agrio el vino.

Pero lo principal de este libro es esa "saudade", esa "lluvia cayendo", esos brillos y colores de tapiz antiguo que, crean la atmósfera común de que antes hablaba. En este sentido el poema titulado "Biografía" es uno de los más significativos y me recuerda aquella otra biografía en prosa que de un joven poeta hiciera Queiroz en "La Capital", una de sus mejores novelas. Pereira atina con el pulso de una de estas almas y describe la biografía pálida, interior, de ella:

La ceniza del mirto,

el otoño del Távora,

las islas de la bruma...

para continuar con el entusiasmado tono de voz que utilizara en su anterior libro "Del monte y los caminos". Los antiguos y entrañables temas de la niñez y de los seres y fantasmas que la habitaron vuelven a tomar cuerpo en el libro nuevo. En este tema la mano de Pereira ha sido siempre maestra y si no que hablen sus cuentos, esa conferencia autobiográfica recientemente pronunciada en León o su novela publicada en Plaza y Janés, de la que hablaré otro día.

El binomio sueño-realidad, la geografía soñada en la infancia que se torna insulsa y desconocida en la madurez, es uno de los rasgos más precisos del tema del recuerdo. Se cierra el "Cancionero de Sagres" con dos poemas que son como un esperanzado anuncio de lo que podría ser, el próximo libro .de versos de Pereira: acabado dominio del lenguaje, imágenes que sorprenden, hondura.

Amigo Antonio, ser fiel a la música (como tu "Cancionero") en estos momentos de confusión y tirantez poéticas es estar con los pies puestos en el buen camino. Ahora sólo queda seguir avanzando.